



## MÉXICO Y LA CIUDADELA

**A** través de nuestro temperamento provinciano, el enorme crimen de la Ciudadela despertaba invencibles ansias reconstructivas en Saldaña Galván y en mí; queríamos adivinar en el laconismo de los mensajes telegráficos los detalles sangrientos de la gran tragedia, procurando añorar nuestros recorridos por las arterias metropolitanas, para hacer con ellos un gran escenario en que vivir la vida de los días abominables del *cuartelazo*.

Y se nos antojaba ver, al ensartar recuerdos, la claridad mortecina que se levanta de la gran ciudad, vista de lejos, desde los cristales del convoy ferrocarrilero que devora distancias a través de llanuras que no se ven entre las sombras impenetrables de la noche; después, el silbato de la locomotora que chirrea; la agitación descompasada de los pasajeros que reconocen y aseguran sus maletas; el sobresalto que hace palpar todos los corazones, y por último, los chorros de luz, las grandes naves de la estación, en que una ola de señoritas y caballeros elegantes, agentes de hoteles, cargadores, voceadores de periódicos, aurigas con el látigo en el hombro, y carretillas del Express, acaban por aturdir al recién venido, que desciende al andén con los ojos espanto-

samente abiertos y se deja llevar automáticamente hacia las puertas adonde desfoga aquel hervidero humano.

Y en el desfile de gratas recordaciones vemos las avenidas principales bañadas de luz, cuajadas en fúlgidas pedrerías de diamantinos destellos, que parecen inclinarse de los candelabros al paso de mujeres arrebuñadas en pieles de extraño lujo oriental, perdidas en el fondo delicioso de los carruajes en penumbra.

Cuando la noche avanza, muere la vida en las avenidas comerciales, que parecen tentáculos adormecidos de un gran monstruo. El alma de la ciudad se cuelga en los pórticos de los teatros, se refugia en las elegantes fondas de velada y en los salones escondidos a las miradas curiosas de las núbiles, sobre las que cae la perezosa lluvia de la música canalla.

Más adelante todo es silencio; los pilluelos del arroyo se amontonan en los umbrales de las puertas; los voceadores de los periódicos matutinos dormitan al arrullo seco y monótono de las grandes rotativas; las calles se ven como más llenas de luz, como más anchas, como más tristes; los gendarmes, como mohoneras de una triangulación urbana, aparecen en los cruceros repitiendo el agudo toque del silbato, lleno de somnolencia, hiriente y quebradizo.

Detrás del Palacio Nacional el horizonte palidece; empiezan a perfilarse torres y monumentos; de los jardines se levantan jirones de niebla como gasas de muselina; llaman las campanas a primera misa, los barrenderos hacinan basuras contra las guarniciones de las banquetas; se desperezan y estiran los perros trashumantes, se inicia una agitación entumida y sin entusiasmos en derredor de los centros fabriles, y cuando el sol lanza los primeros fogonazos entre el ramaje secular del bosque de Chapultepec, vuelve la vida de la ciudad, desarrollándose cada vez más intensa y ruidosa y agitada, hasta que el sol hiere el arqueado dorso del meridiano.

Nuestros recuerdos de provincianos, caídos de bruces en el tibio departamento de un hotel céntrico, carecen de encadenamiento reconstructivo: campanarios levantados al cielo como brazos enormes que imploran misericordia; chimeneas empenachadas de humo negro que mancha el cielo como con borrones de tinta china; antesalas desesperantes por las Secretarías de Estado, recorridos en unas cuantas avenidas del corazón de la ciudad; diez viajes al elegante Paseo de la Reforma, unas cuantas noches de teatro, un puñado de amigos frívolos y petulantes.

Total: que no podemos, martirizando el magín, rehacer el episodio maldito de la Ciudadela.

¿Qué fué la Ciudadela? ¿Para qué sirvió la Ciudadela?, nos preguntamos en Monclova, sin encontrar la respuesta en nuestro pequeño arsenal de conocimientos.

Los compañeros y nuestros soldados nos interrogaban constantemente: ¿qué es una Ciudadela? . . .

Y todos los monclovenses hacían la misma pregunta. Les había intrigado lo que pudiera ser una Ciudadela.

Mi amigo Saldaña Galván y yo hacíamos la descripción, lo mejor posible, de lo que es una Ciudadela.

Una Ciudadela es un campo fortificado en la significación rigurosamente militar de la palabra.

Nació del instinto de conservación, de la lucha por la vida, de la guerra del hombre contra el hombre. Fué nula en las primeras sociedades nómadas que aparecen en Europa; fué caprichosa e irregular con los primeros conglomerados humanos que aceptaron la vida sedentaria; sus modificaciones primeras aparecieron aconsejadas por los reveses guerreros del anterior combate; sus cambios de ubicación o de trazado aparecen impuestos por vencedores venidos de luengas tierras.

En el origen, como todas las manifestaciones del humano progreso, la Ciudadela es indecisa, nebulosa, frívola, hasta

que César dió la orden de establecer un campo permanente sobre la llanura de Avon, en el lugar ocupado por el *opidum* galo.

Esta llanura está situada cerca del camino que liga Chalon-sur-Saône con Langres.

César juzgó que era prudente tener en este punto, defendido naturalmente, un refugio seguro para un Cuerpo de tropas numeroso.

El campo debería tener capacidad para dos legiones y tropas auxiliares; es decir, aproximadamente veinte mil hombres.

Ahora bien: como la superficie del *opidum* era mucho más extensa de lo que tenía necesidad un Cuerpo de tropas de la importancia referida, se decidió que el campo estuviese establecido en la parte meridional de la llanura, que era la más dominante, y que fuese aislado por un foso.

He aquí las disposiciones adoptadas:

Un foso de 30 pies de ancho por una profundidad de siete, cortó la llanura de Oeste-Noroeste, al Este-Sureste. Se abrió la *puerta pretoriana* al Noreste y se estableció el *pretorio* dentro de la Ciudadela propiamente dicha. La *puerta decumana* se abrió a retaguardia, y dos puertas laterales, al Este y al Oeste, completaron las comunicaciones.

En derredor de este campo se perfeccionaron, para el servicio de rondas exteriores, los caminos trazados por los galos. Las rampas de acceso que comunicaban con la ciudad fueron destruídas, y los habitantes de la comarca recibieron orden de vivir en la ribera opuesta del río.

Las puertas de campo fueron provistas de fuertes clavículas y de torres de piedra en seco y carpintería, para el servicio de vigilancia y el servicio de defensa.

De distancia en distancia a lo largo del *valum* fueron erigidas torres semejantes, y además, independientemente de los pozos que existían en el emplazamiento del campo, los

romanos captaron las aguas de la planicie Norte y las condujeron en tubos perforados en troncos de árboles ensamblados a tope. Este canal alimentaba cinco grandes cisternas ahuecadas en la roca y revestidas con cemento. Había una cisterna bajo el *pretorio* y dos para cada una de las legiones.

Ya por entonces venían aplicándose *principios tácticos* inviolables, que perdurarán cualquiera que sea la organización militar de un ejército, su sistema de combatir, los adelantos de la Ciencia y todos los demás progresos que ofrezca el genio humano al arte de la guerra.

Ya por entonces se aprovecharon los escarpados de la llanura en su flanco oriental como una «defensa natural»; se fortificó con «palizadas» el costado Oeste, accesible y débil a los ataques venidos del exterior; se dió atención preferente á los «ángulos salientes» por su raquitismo para la defensa, construyendo el *pretorio* en uno de ellos, y se buscó en la mutua correspondencia de las puertas *pretoriana* y *decumana* tomar al enemigo por retaguardia de sus líneas de combate.

La *nimedia* fué demolida. Los druidas la hicieron levantar sobre otra llanura enfrente del campo, al Norte, a la entrada de los bosques.

Los habitantes del valle de Avon son apercibidos, so pena de serles destruída su ciudad, de no causar daño alguno a los retrincheramientos cuando fueren desocupados. Tuvieron aún la carga de conservarlos y de entregar víveres a las tropas que fueron enviadas para proteger la comarca contra la invasión de los bárbaros, porque la Galia, estando entonces pacificada y dominada por Roma, no tenía ya que temer más que los ataques de los germanos, que amenazaban siempre las provincias del Noreste.

En efecto: este campo fué muchas veces ocupado por las tropas romanas, y trabajos sucesivos fueron trazados y ejecutados.

El país era fértil y la situación excelente entre las grandes

ciudades de Chalon-sur-Saône (Cabilonum), Langres (Andematusurm) y Autun (Bibracto). El campo recibió el nombre de *Abonice Castrum*, y la ciudad fué designada con el nombre de *Abonia*, con que fué conocida hasta el siglo iv.

Fué de Abonia de donde marchó Vindex con las tropas que reunió en las llanuras de la Saona para sublevar la Galia contra Nerón y dar el Imperio a Galba. Después de la muerte del héroe Galo, Galba quiso testimoniar su reconocimiento a las ciudades y comarcas que se habían declarado en su favor, y Abonia adquirió los *derechos de ciudad* y gozó de una larga paz.

Desde el reinado de Titus, el campo no fué ya exclusivamente reservado a las tropas. En la época en que el *opidum* había sido convertido en campo permanente, toda esta llanura, sus rampas y cierta extensión de los terrenos situados al Norte habían sido considerados como *ager romanus*.

Era como se diría hoy: dominio del Estado, *ager publicus*. Los habitantes no podían, pues, ni poseer, ni edificar sobre este terreno, o si se les permitía ocupar una parte de él, era como usufructuarios y no como propietarios.

Esta ley romana, que databa de la República y que se aplicaba en su origen a todo suelo provincial, no fué aplicada nunca con todo rigor. Hubiera sido muy difícil su vigencia, porque las poblaciones de las provincias, lo mismo que las de Italia, solicitaban y obtenían el *derecho itálico*, que consistía en la plena posesión del suelo con facultad de explotarlo, venderlo o transmitirlo por herencia.

Cuando el Gobierno Imperial fué definitivamente establecido, los Emperadores se mostraron favorables al desarrollo de la propiedad privada, porque entonces los grandes propietarios del suelo eran los únicos que podían ser considerados como la clase aristocrática, poseedora de privilegios, pero sostenedora de todas las cargas especiales; tales, por ejemplo, las Magistraturas urbanas, muy onerosas entonces. Es

preciso decir también que los derechos de ciudad acordados por Roma se extendían no solamente a una ciudad, sino a todo su territorio.

Los habitantes del valle de Avon pidieron aquel suelo tan bien situado, que poseía los derechos de ciudad y que tenía desocupado el campo. Fué entonces decidido por el Emperador Vespasiano que el *ager publicus* de Abonia se colonizase, entendiéndose por colonización, bajo el Imperio romano, la división en lotes hecha con solemnidad por los agrimensores, según ciertas prescripciones religiosas.

El antiguo *opidum* fué, pues, colonizado. Las rampas desaparecieron, el gran foso, que dividía el gran campo del pequeño, vino a ser un camino de acceso a las planicies. Un teatro se levantó sobre la pendiente oriental, las aguas fueron llevadas en abundancia por un bello acueducto de mampostería a los baños establecidos en la punta Sur, y todas las nuevas habitaciones que no tardaron en surgir por todas partes, quedaron rodeadas de jardines.

Un templo, dedicado a Augusto, fué levantado sobre el emplazamiento del antiguo *pretorio*, en el lugar mismo del *edículo* que existía anteriormente, y un segundo edificio, consagrado a Hércules, tomó lugar en el antiguo reducto meridional. Por último, un forum y una basílica ocuparon el centro de la planicie.

No es otra la vida y la muerte de las viejas Ciudadelas.

Es necesario concebir el México colonial, distanciado del campo permanente en cuyo centro erguía su poderosa arquitectura la Ciudadela, orgullo y genio del virreinato español.

Veinte años atrás podía verse todavía el antiguo foso convertido en una zanja de embalse de aguas inmundas, el puente levadizo, las llanuras circunvecinas en que ahora se levanta la ciudad moderna.

De su carácter militar, la Ciudadela de hoy no conserva más que sus bastiones angulares, para obtener una pequeña

zona de fuegos cruzados y tomar a los asaltantes por el flanco.

Adentro, todo aquello no da idea más que de un imperfecto establecimiento fabril, raquítico, ilógico, sin la distribución sucesiva del trabajo progresivo que se observa en los grandes centros de producción, desde el almacenamiento de las materias primas, su salida y transformación, hasta las últimas máquinas que forman o barnizan los productos como una delicada coquetería de la mecánica contemporánea.

Patios convertidos en almacenes, talleres acondicionados en viejos corredores, establecimiento inmediato de máquinas que no cultivan relaciones de trabajo sucesivo, desorden, incoherencia, documentación irrefutable de la ignorancia y fatuidad del antiguo régimen de D. Porfirio. Eso es todo.

Pero volviendo a la cuestión, la Ciudadela de hoy, con sus armaduras encristaladas, con sus grandes ventanales, con sus altas chimeneas, oprimida y sofocada por un corset de construcciones modernas, no es una Ciudadela propiamente dicha, militarmente conceptuada.

Conserva el nombre que le legaran los siglos. Fué teatro de la gran tragedia, no por lo que tuviese de Ciudadela, sino por lo que tenía de pertrechos de guerra, por haber sido convertida en almacenes generales del Ejército.

Pasma, al visitarla, evocando los acontecimientos de Febrero de 1913, el candor infantil del Gobierno maderista, ya que el ejército y el general Victoriano Huerta que lo comandaba, por el camino de la infidencia, estaban en su papel al fingir el ataque a la Ciudadela con cañones de batalla emplazados dentro de la ciudad, y que por la presencia de las construcciones vecinas estaban obligados al tiro indirecto, dejando en ángulo muerto precisamente al objetivo por batir, que era la propia Ciudadela.

Pero así fué, y desde entonces la vieja fortaleza colonial parece que tiene grabados en sus páginas de piedra los he-

chos vergonzosos de un ejército que la Revolución ha castigado con esta terrible pena: borrarlo de la Historia.

La Ciudadela de México traía su vieja fama en la conciencia popular. Durante el Gobierno de Juárez, había sido también la llave militar de un pronunciamiento de la soldadesca, conocido en nuestra historia con el nombre de *El pronunciamiento de la Ciudadela*, que el general Sóstenes Rocha había sofocado en forma sangrienta y decisiva.

La Ciudadela, entonces, tenía más elementos defensivos que al presente, puesto que las tropas del Gobierno no contaban con artillería, ni existían en la época aquella bocas de fuego que pudieran llevar a cabo trabajos de demolición.

La Ciudadela de entonces exponía a los asaltantes por un campo descubierto (hoy urbanizado), que significa un sacrificio intenso de sangre en toda evolución de aproche.

La Ciudadela de entonces estaba dotada con los pozos necesarios para el aprovisionamiento de agua para su guarnición, en tanto que la Ciudadela de hoy está supeditada a la red de entubación que surte a la ciudad.

Resumen: un ataque a la Ciudadela en 1870 era más difícil que un ataque en 1913, porque en 1913 bastaba:

1.º Tomar posiciones de circunvalación.

2.º Cortar el agua.

3.º Llegar frente a ella por el perforado de muros — completamente a cubierto de sus ataques — y batirla con bombas Martín-Hale, cuyos efectos son terribles.

El Gobierno de Madero contaba con cuarenta mil de estas bombas almacenadas en la Fábrica Nacional de Pólvora, ubicada en Santa Fe.

El domingo 9 de Febrero, que principió el *cuartelazo*, el mismo señor Presidente en persona, en poderoso automóvil y acompañado del capitán primero Gustavo Garmendia, se trasladó a Cuernavaca para traer consigo al brigadier Felipe Ángeles, con dos mil soldados que a sus órdenes guarnecían

aquel Estado, y en quien tenía el señor Presidente confianza ilimitada, no solamente por su lealtad al Gobierno constituido, sino también por su sapiencia en el Arma de Artillería. Más adelante veremos que, desgraciadamente, el Sr. Madero se equivocaba una vez más al escoger a sus hombres; pues Angeles permaneció leal, pero fué inútil su tráfada con sus dos mil hombres, porque no acertó su notable artillería un solo tiro a la Ciudadela.

¿Por qué entonces — nos preguntamos con ansiedad — fué necesario para Félix Díaz un breve intento de ataque, y para Felipe Angeles un dilatado proceso militar al combatir el mismo objetivo sin conseguir hacer blanco?

La contestación es ésta:

Se llama *espíritu de Cuerpo* el cariño a la Corporación en que se sirve.

El extinto Ejército Federal estaba dotado con generales, con jefes y con oficiales, venidos del Colegio Militar.

Todos estos oficiales, todos estos jefes, todos estos generales, aman profundamente al Colegio de su procedencia.

Este amor fué cuidadosamente cultivado por D. Porfirio Díaz de dos maneras:

Celebrando con toda solemnidad el aniversario de la «Defensa de Chapultepec» contra el ejército de invasión americano, y haciendo pasar revista de presentes cada vez a los muertos en aquella inmortal defensa.

Al correr de los años, el Colegio Militar congestionó de oficiales al Ejército. Fué necesario, entonces, arrojar el «exceso de producción» en otros centros de actividad nacional.

La Comisión Geográfica Exploradora, residente en Jalapa; la Comisión Científica de Sonora, el Servicio de Faros, las Inspecciones de Puertos y de Ferrocarriles, los trabajos especiales, estaban invadidos por la producción del Colegio Militar. Voy a probarlo:

Servicio de Faros en 1907. Dependencia Civil de la Secretaría de Comunicaciones.

Director, Francisco Nicolau, ingeniero civil.

Subdirector, José Meneses, ingeniero militar.

Jefe de la Técnica, Manuel Ortigoza, ingeniero militar.

Jefe del primer distrito, Eulalio Vela, ingeniero militar.

Jefe del segundo distrito, Emilio Gómez, ingeniero militar.

Jefe del tercer distrito, Jacinto Beltrán, ingeniero militar.

Jefe del cuarto distrito, Victorio Góngora, ingeniero civil.

Jefe del quinto distrito, Ricardo Ortiz, ingeniero militar.

Personal técnico complementario:

Luis Guillermo González, ingeniero militar.

Francisco Ferrel, ingeniero militar.

Gonzalo Isunza, ingeniero militar.

José Limón, ingeniero militar.

José Rebentum, ingeniero militar.

H. Rivera Calatayud, ingeniero civil.

Capitán de buque guardafaros, José Ochoa, del Colegio Militar.

José Pérez, del Colegio Militar.

Santiago Góngora, ingeniero civil.

José Cacho, ingeniero militar.

Salvador Álvarez, ingeniero militar.

Juan Palacios, ingeniero civil.

José Blanco, ingeniero militar.

Total: cinco civiles.

Diez y seis militares.

La Columna de la Independencia, el Palacio de Correos, la casa de Bocker, en la ciudad de México, los construyó el ingeniero Gonzalo Garita, del Colegio Militar.

La Inspección de las obras del Puerto de Salina Cruz estuvo a cargo de los ingenieros Arellano y Revilla, del Colegio Militar.

La Inspección de Coatzacoalcos estuvo a cargo de un ingeniero militar.

La Inspección de Manzanillo a cargo del ingeniero Ramírez, del Colegio Militar.

La de Tampico a cargo de un ingeniero, Romero, del Colegio Militar.

La Comisión Geográfica Exploradora a cargo de los ingenieros Díaz y García Peña, del Colegio Militar, con un círculo personal de ingenieros agrónomos, dibujantes y calculadores, procedentes del mismo plantel educativo.

No quiero fatigar a mis lectores. El Colegio Militar había invadido en 1910 todas las actividades de la Nación. Y adonde iban los hijos de ese Colegio, iba su *espíritu de Cuerpo*. Productos educativos de la misma fábrica, se comprendían y se estimaban admirablemente.

Por otra parte, el ingeniero, como factor de trabajo, es compañero inseparable del capital.

Donde no hay capital, no hay ingenieros.

El *espíritu de Cuerpo* del Colegio Militar hizo alianza forzosa con el espíritu de conservación de la riqueza, alarmado por la política, al parecer disolvente, de Madero.

El día que Madero, en su última visita a San Pedro de las Colonias — Octubre de 1911 —, dijo en público que a él no lo sostenían en el Poder las bayonetas, sino la voluntad del pueblo, ofendió no sólo al Ejército, sino a todos los hijos del Colegio Militar, diseminados fuera del servicio activo, por eso: por el *espíritu de Cuerpo*; y ese enorme contingente de hombres corrompidos, de hombres asociados al capital asustadizo, funcionó desde ese día con perseverancia infatigable en hacer fracasar al Gobierno del Presidente Madero.

Con estos antecedentes fácil es explicarse la actividad y la impunidad de la propaganda sediciosa que los hijos del Colegio Militar hacían en voz alta, a los cuatro vientos, sin reticencias y sin escrúpulos.

Su *espíritu de Cuerpo* les vedaba la denuncia. El general Enrique Mondragón, hermano del general D. Manuel, montó, por aquellos días, una *Agencia de empleados*, con el objeto de hacer prosélitos entre los solicitantes.

Gonzalo Garita y Francisco Narváez, ingenieros militares enriquecidos ya y que por ello pudieron haber permanecido lejos del peligro, manejaron con entusiasmo ametralladoras para batir en las bocacalles a las tropas del Gobierno.

Fácil, por lo tanto, les fué a Félix Díaz y a Mondragón acercarse a la Ciudadela y obtener la rendición del general Rafael Dávila.

Habían sido compañeros de Colegio, y un viejo cariño hace más en el corazón de los hombres que el texto de un precepto legal (1), que no figura en el plan de enseñanza de ese Colegio Militar, que ha sido por eso castigado por la Revolución.

En aquellos días, al Gobierno Constitucional lo defendieron, o aparentaban defenderlo, Lauro Villar, que no es del Colegio Militar.

Ángel García Peña, alejado de aquella influencia del Colegio, porque siempre estuvo en comisiones distinguidas, por la influencia de su hermano político el Embajador Azpíroz. García Peña también se vió alejado del partido científico por su parentesco con D. Teodoro Dehesa; servía, pues, por sus propias pasiones a Madero.

Felipe Angeles, enemigo del general Manuel Mondragón, por haber rendido un dictamen desfavorable para el cañón de 70 milímetros, inventado por aquél.

Angeles, sin embargo, ni siquiera por satisfacer sus pasiones personales, supo defender inteligentemente al Gobierno constituido. Llevaba en su organismo el mismo germen

---

(1) La Carta Magna de 1857 jamás fué enseñada a los alumnos de los establecimientos militares de México.

malsano educativo de sus compañeros del Colegio Militar; llevaba en sus venas el porfirismo.

Lo anterior nos prueba que todo Gobierno de reelección indefinida, como el de D. Porfirio Díaz, trae consigo la formación de un Ejército pretoriano.

Todo Ejército pretoriano está vinculado a los intereses creados y es por ello inadaptable a toda función revolucionaria.

Los Gobiernos de procedencia revolucionaria deben gobernar con sus hombres y sostenerse con sus ejércitos. Don Francisco I. Madero no lo entendió así, y murió víctima de sus errores.

